

dice él—es más distinguido. Compara esas almas vacías que se inclinan sobre almas igualmente vacías, con “espejos sin objeto que se reflejan el uno en el otro”. Lo desconocido es para él “una casa cerrada en una calleja sombría” y un misterio de melodrama. Cree en la posibilidad de un conocimiento completo; admite que el mundo es plenamente inteligible, lo que no le impediría conservar la poesía, porque, “Dios mismo se admira de ser y hay en el fondo de cada cosa una admiración divina”. Sus poetas favoritos son Dante y Víctor Hugo, porque ellos tienen a la vez el temblor del misterio y el deslumbramiento de la claridad.

No vacila en separarse de Kant y de Bergson. No consiente en que el espacio sea sólo una categoría de nuestra sensibilidad: para él el espacio es una realidad objetiva. Combate vigorosamente a M. Bergson en su filosofía de la calidad. Para Jaurés existen cantidad y homogeneidad en las impresiones más fugitivas. La teoría bergsoniana de la originalidad inexpressible de la vida, tiene el dón de exasperarlo. Indica su parentesco con el egotismo barresiano y con cierta estética decadente. Los partidarios del “yo incomunicable” reducen el alma a es-

cucharse a sí mismo en el silencio. Es como si hubiera parecido intencional en lo que ella tiene de la calidad por volver a encontrar la convencional elativa; en lo cual Jacobo. Pero si, finalmente, los grand bargo de su per dio de ser a la. Ese es el secreto. Agreguemos que la distinción entre el momento común, y comporta una di-

Jaurés quiere, sin vanos escrúpulos, susurrante culo de iniciado cuerda las palabras, inclusive la ciudad, yo “Qué día aquél